

La Culeca



«...muchos habitantes de Mesa de Cavacas se hicieron ricos sacando botijas y entierros que les señalaba la Culeca los viernes santos...»

Esta leyenda tiene su origen en Mesa de Cavacas, nombre que en la actualidad se le da al lugar donde se estableció Juan Fernández de León para organizar la fundación de Guanare. Este pueblo, según el hermano Nectario María: «Hállase situado en una altiplanicie, sobre una barranca alta, apartada de todo monte y bosque, a dos tiros de piedra del río Guanaguanare, el cual batía entonces sus caudalosas y turbulentas aguas contra el pie de la áspera bajada que le daba acceso»⁹.

9

En Hermano Nectario María, *Historia del estado Portuguesa*, Caracas: Ministerio de Educación, 1989.

En la actualidad Mesa de Cavacas es un pueblo pintoresco, semejante a muchos que existen diseminados por el llano venezolano, con estructuras de casas que pertenecieron a acaudaladas familias de principio del siglo pasado y calles largas donde se concentra toda la vida pueblerina: plaza, iglesia, medicatura, prefectura, comercio y tráfico de bicicletas. Sus habitantes sostienen, sin conocer la verdadera historia, que esa altiplanicie fue el primer asiento de Guanare. Su población fue diezmada por el vómito negro y la fiebre amarilla. Según lo dicho por las personas entrevistadas, solo sobrevivieron la niña Dolores Herrera, Rosa Medina, Juan Pastor Escalona, Juan Ochoa, Manuel Medina y la señora Juana de Márquez, quien, de acuerdo con su propio testimonio, se vio en la necesidad de abandonar su casa en compañía de su madre y hermanos para trasladarse a Guanare, donde todos murieron excepto ella. Al quedar sola y convertirse en mujer se casó con José Márquez, vecino de Guanare. Después se trasladó con él nuevamente a Mesa de Cavacas y recuperó la casa materna, frente a la Plaza Bolívar, en la que vive actualmente desenredando recuerdos infantiles.

La magia de este pueblo hospitalario me absorbió. Llegué buscando la leyenda de «un baúl encantado», que según la información recogida se encontraba enterrado en una de las casas más viejas del pueblo, pero esto fue imposible confirmar. A cambio, me encontré allí con la leyenda de la Culeca.

El señor Ramón Toro contó lo que le pasó una vez que él venía de La Aguadita, sector llamado así porque allí le daban agua al ganado (hoy se encuentra en ese lugar la urbanización La Goajira). Andaba acompañado por una mujer que traía un niño en sus brazos, y al pasar por un sitio llamado Los Mangos, estando claro todavía y sin presagio de lluvia, de repente comenzó a llover torrencialmente y tuvieron que guarecerse debajo de las ramas de los frondosos mangos. Allí, alumbrados por la luz de los relámpagos, pudieron ver claramente una gallina con muchos pollitos que cacareaba de manera fuerte y continua. Ramón jamás se ha explicado su presencia, pues por allí no había casas cercanas. Además, cuando la gallina con su bandada de pollitos desapareció, el invierno cesó y la luna volvió a brillar. Ramón, la mujer y el niño continuaron el camino sin ningún temor.

Caso similar le ocurrió al matrimonio Terán Dorantes. En 1935, recién casados, doña Juana y don Ricardo fueron a buscar leña a la zona de La Montañita (hoy parte también de la urbanización La Goajira). Más o menos a las cinco de la tarde ya tenían preparados los haces de leña, pero de pronto el cielo se oscureció y entre truenos y relámpagos se desató una tormenta. Fue tan fuerte el aguacero que la leña que habían cortado se mojó y por esta razón acordaron dejarla para buscarla después. Cuando se disponían a salir de la montaña, aún lloviendo, vieron una gallina jabada culeca con muchos pollitos que piaban insistentemente. Esta anomalía no asustó a la joven pareja, pero sí les extrañó, pues la casa más próxima era la de María Mercedes, que quedaba en El Zanjón, más o menos a un kilómetro de la montaña, por lo tanto era muy difícil que esta gallina con sus pollitos estuviera tan lejos de la casa. Como media hora más tarde oyeron un estruendoso ruido, «como si un trozo de cuero seco se hubiera desprendido de un árbol», dijo doña Juana. Ese ruido sí los asustó y salieron presurosos del monte. No habían terminado de salir cuando el invierno cesó y volvió a reinar la claridad. A los tres días se supo que un vecino sacó un cantarito lleno de monedas de plata del pie del árbol seco donde estuvo recostada doña Juana Dorantes de Terán y donde su marido dejó la leña que después vinieron a recoger.

Los esposos Terán Dorantes aseguran que donde sale la Culeca es que hay dinero o tesoros enterrados, porque según cuenta la leyenda que ha pasado de generación en generación, en tiempos pasados muchos habitantes de Mesa de Cavacas se hicieron ricos sacando botijas y entierros que les señalaba la Culeca los viernes santos, pero los beneficiarios deben ser seleccionados por la propia gallina. Evidentemente, los esposos Terán Dorantes no estuvieron entre los favorecidos.

